

Ese oscuro objeto de estudio

Claudia Zilla

Siempre envidié a los estudiantes de Botánica a quienes nadie pregunta si sueñan con convertirse en una planta. Y a los estudiantes de Ciencias Veterinarias, en quienes nadie deposita la esperanza de que alguna vez ladren mejor que los mismos perros... Como estudiante de Ciencia Política, sin embargo, pasé años teniendo que explicar fuera de la Universidad que no era mi intención seguir luego una carrera política. Ahogué de este modo la ilusión de mis abuelos y muchos otros que veían en mi generación a los mejores gobernantes, no corruptos, del futuro. Mi vocación me condujo a una disciplina de la cual los legos confunden con frecuencia **sujeto y objeto de estudio**. Nuestros conciudadanos mayores suelen ver en la juventud la reserva moral de una sociedad, incubadora de los añorados políticos del mañana, desconociendo u olvidando así que – para parafrasear a *Ralf Dahrendorf* – las buenas intenciones no son garantía de buena política. No, no pretendo hacer política sino analizarla – repetía una y otra vez casi como un mantra. Y si las circunstancias me lo permitían, fundamentaba mi respuesta argumentando – como bien lo hizo *Max Weber* en su emblemático ensayo “El político y el científico” – que las cualidades necesarias para ser una buena politóloga no son las mismas que aquéllas de las que requiere una buena política.

Como cientista política en formación tampoco estuve del todo “en mi elemento” dentro de la Universidad en la Argentina. ¡Y cómo estarlo, si la mayoría de mis docentes eran abogados o historiadores! La propia identidad, también la científica o profesional, se constituye en gran parte a fuerza de modelos. Pero los que yo tenía al frente pertenecían en gran parte a disciplinas ajenas a la Ciencia Política por lo que dirigían otro tipo de mirada hacia el mundo social. Los abogados ponían el acento en la organización jurídica del Estado, sin duda relevante para la política. Pero más allá del texto constitucional yo estaba interesada en lo que la Ciencia Política alemana denomina constitución real: los poderes y el funcionamiento fácticos de un sistema político. Los historiadores, por su parte, destacaban la singularidad de los hechos ocurridos, pues – como indicara *Hans-Georg Gadamer* – el conocimiento histórico no aspira a considerar los fenómenos concretos como casos de una regla general. Pero en mí palpitaba el deseo de comprender los **aspectos sistemáticos** de la política, de acceder a ese **campo medio** entre la individualidad accidental y el universalismo inexorable: esa tierra movediza de las **tendencias y probabilidades**.

Eligiendo entonces a mis (pocos) docentes politólogos como guías del camino que yo quería recorrer, descubrí muy pronto que me mostraban una infinidad de senderos conceptuales, vías teóricas y atajos metodológicos. Buscando mi recta hacia la médula de la Ciencia Política me encontré al principio de una ruta repleta de curvas con carteles con flechas que indicaban en miles de direcciones posibles. ¡Cuál sentimiento de desorientación invadió mis primeros meses de estudio! Sólo la práctica forzosa en un **campo plural** terminó por desarrollar mi tolerancia hacia **la policemia, la variedad teórica y la diversidad metodológica** que caracterizan la Ciencia Política. Recién después comprendí que no me volvería politóloga por trabajar con una escuela teórica determinada o aplicar una clase de método de investigación sino por dedicarme a un **tipo específico de problemas**. Y como los problemas no son materialidades preexistentes sino construcciones de un sujeto, entendí entonces que lo que le da el carácter propio a una disciplina es su **ángulo de observación**: la mirada politológica crea el objeto de estudio de la Ciencia Política.

El estudio de la Ciencia Política me otorgó conocimientos importantes y, con ellos, me arrancó algo fundamental: la ingenuidad de los ojos. Mi mirada actual hacia los fenómenos políticos ya no es la de

antes... Toda mirada es una vista dirigida y no hay dirección sin criterios de posición. Mirar es ver con pre-supuestos: *pre-vios* al hallazgo, pero sólo *supuestos* pues deben ser factibles de corrección, según lo que se encuentre. Se podría decir que como politóloga aprendí a buscar, aprendí dónde buscar. El estudio de una ciencia nos entrena para un **tipo específico de preguntas**. En la Ciencia Política la seguridad que todo ser humano necesita no previene de una teoría o de un método único sino de la convicción de estar planteándose las preguntas relevantes para la disciplina y de la esperanza de qué – como dijera *Cornelio Tácito* – sine ira et studio una podrá acercarse a las respuestas correspondientes.

Los **cuestionamientos politológicamente relevantes** no son necesariamente las cuestiones que preocupan al político o a la ciudadana. Quines nos dedicamos no a la política sino a la ciencia de la política estamos forzados a aproximarnos **selectivamente** a la empiria, de lo contrario la estaríamos reproduciendo en su ambigüedad y complejidad. Y esta selección se basa en procesos de reducción y abstracción de la realidad, para reconstruirla luego – sólo parcialmente y con perspectiva – en un **contexto lógico y sistemático, no ya de opinión sino de argumentación**– como señalara *Dieter Nohlen* en su ensayo “¿Cómo enseñar la Ciencia Política?”. Así, quien haya perdido la inocencia política a cambio del rigor politológico comparta quizá la incomodidad que yo siento cuando familiares, amigos y taxistas – enterados de mi profesión – se empeñan por discutir conmigo tan interesante tema: ¡la política! Pues, si bien ella es “ese oscuro objeto de estudio” de unos pocos, es a su vez – y ante todo – el ámbito de vida (el “*Lebenswelt*” diría *Jürgen Habermas*) de todo hombre que no esté confinado a la soledad de una isla desierta.

Si fuera una física experta en rayos láser no resultaría tan sencillo encontrar interlocutores dispuestos. Pero como cientista de lo político, resulta incomprensible para muchos el desgano con el que repondo a preguntas como por quién voto, si me gusta el gobierno o si un ministro es malo. Y la siguiente decepción la genero cuando le comento a gente muy alejada de mi ámbito profesional a qué me dedico después de haber estudiado Ciencia Política: **soy investigadora**. Las múltiples asociaciones que despierta esta labor son dignas no de un párrafo sino de un libro – de varios tomos. Las reacciones me han llevado a entender que algunos me imaginan equipada en horas de trabajo con un impermeable y una lupa al mejor estilo detectivesco Sherlock Holmes. Otros me han preguntado si no tengo miedo: ¿miedo? Claro, por los riesgos que implica estar “eclareciendo casos” – criminales, se entiende. Cuando hablo de **investigaciones de campo** me “ven” más bien con un chaleco lleno de bolsillos y una cámara de fotos colgando de mi cuello como una corresponsal de guerra. O con un sombrero safari con mosquitero, un diminuto block de papel y un lápiz de madera, observando y tomando notas – ¿sobre el comportamiento de los primates (políticos)?

Por suerte doy también clases en la Universidad, de modo que si me siento cansada y/o presiento algún tipo de potencial creativo en mi contraparte, me limito a decir que soy docente de Ciencia Política. Pero como – aun amando la docencia – anhelo que el mundo sepa que los que han estudiado Ciencia Política no están exclusivamente “condenados” a formar a nuevos estudiantes en la misma disciplina, son muchas las veces en que paso a explicar que como investigadora en la Ciencia Política me dedico a cuatro actividades básicas: **observar, leer, pensar y escribir sobre fenómenos políticos**.

Sin duda que este es sólo uno de los muchos destinos ocupacionales posibles para quienes estudian Ciencia Política. Mi caso fue intuir, primero, que mi vocación no era la política sino la politología y descubrir, luego, que la investigación politológica no sólo me llena de satisfacción sino que en otras aplicaciones pensables de la disciplina sería yo, probablemente, menos competente. Y es el día de hoy, les puedo asegurar, que – a pesar de todo o, mejor dicho, justamente por todo esto que les cuento – me siento feliz de no haber cursado la carrera de Botánica, Veterinaria o Física sino de Ciencia Política.